

Nell Dixon

*No quiero
decirte la
verdad*

OBERON

Titulo original *Blue remembered beels*.
Publicado en Gran Bretaña en el 2008 por
LITTLE BLACK DRESS, sello editorial
de Headline Publishing Group.

Primera edición: 2010

© Nell Dixon, 2008
© Traducción: Pilar Ramírez, 2010
© Algaida Editores, 2010
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
Composición: Grupo Anaya
ISBN: 978-84-9877-447-4
Depósito legal: M-18.472-2010
Impresión: Lavel Industria Gráfica, S. A.
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	11
CAPÍTULO 2	27
CAPÍTULO 3	43
CAPÍTULO 4	57
CAPÍTULO 5	71
CAPÍTULO 6	85
CAPÍTULO 7	99
CAPÍTULO 8	113
CAPÍTULO 9	125
CAPÍTULO 10	139
CAPÍTULO 11	155
CAPÍTULO 12	171
CAPÍTULO 13	185
CAPÍTULO 14	199
CAPÍTULO 15	213
CAPÍTULO 16	229
CAPÍTULO 17	241
CAPÍTULO 18	253
CAPÍTULO 19	267
CAPÍTULO 20	279

Me gustaría dedicarle este libro a mi buena amiga Faith Muir, que escuchó con paciencia mis desvaríos incoherentes sobre la historia y supo asentir en los momentos adecuados. Su apoyo constante, sus ánimos y su fe en mis habilidades durante todos estos años han significado para mí más de lo que ella se imagina.

AGRADECIMIENTOS

Mi agradecimiento a la Romantic Novelists' Association por su ayuda y apoyo, sobre todo a los miembros de ROMNA por sus amplios conocimientos sobre Wilmslow.

Gracias a Romance Divas, que me ayudaron a averiguar más de lo que necesitaba saber sobre los ritos funerarios católicos cuando no existe cadáver.

También me gustaría dar las gracias a Allison Littlehales y Phillipa Ashley (alias, el grupo del café) por su apoyo, y por compartir café y merengues de limón conmigo.

Y un abrazo muy fuerte y más agradecimientos a mi maravillosa compañera de críticas, Jessica Raymond, que es simple y absolutamente genial.

ESTABA DE PIE EN LA CALLE PRINCIPAL, SIN METERME con nadie, esperando el autobús. Era un día bonito, sin nubes ni lluvia a la vista, lo que hace que lo que sucedió a continuación fuese aún más extraño. ¡Zas! Un rayo salido de la nada me cayó encima.

Parece un cliché, pero no recuerdo casi nada, salvo el dolor. Ah, y el hombre que me hizo el boca a boca, aunque preferiría no recordarlo, porque era un poco raro. Después todo se vuelve borroso hasta que me despierto en el hospital con un nombre desconocido sobre la cama, mi familia sentada al lado y una cicatriz en el cuello.

—¿Me explicas qué es lo que estás haciendo?

Charlotte apoyó la espalda en la puerta del tocador para evitar que alguien más entrase a molestarnos.

Abrí mi bolso y saqué el brillo de labios. Mi hermana mayor podía dar mucho miedo cuando se enfadaba, y en aquel momento parecía mosqueada de verdad.

—Fue sin querer. Parece que no puedo contenerme.

En el espejo oval dorado que estaba encima del grifo pude verme dos vivos puntos de color en las mejillas. También vi que Charlie me lanzaba una mirada fulminante desde la puerta.

—Me he pasado varias semanas preparando este trabajo y he tenido que hacer la última parte prácticamente sola porque tú estabas quejándote en el sofá, con Kip pendiente de ti cada vez que habrías la boca.

Terminé de retocarme los labios y esperé a que Charlie se calmara. Sólo mi hermana era capaz de hacerme sentir culpable por haber acabado inconsciente en la puerta de una tienda, derribada por un rayo salido de la nada. Sé que fue un rayo porque hubo testigos y porque tengo la cicatriz; si no, no me lo habría creído.

—Si no puedes ceñirte a la historia, cierra el pico. Podemos sacar un buen dinerito de esto, pero, si tu recién descubierta conciencia no deja de entrometerse, no ganaremos ni un penique y acabaremos en chirona.

—No es culpa mía, es como si no controlase lo que sale por mi boca.

—No seas ridícula.

—No lo soy.

Me habría gustado encontrar la forma de explicárselo a Charlie. Me resultaba difícil no sentirme ofendida, porque ella mejor que nadie debería haber sabido que no solía ser descuidada ni bocazas cuando estábamos trabajando.

Alguien intentó abrir la puerta del tocador, que dio contra la parte de atrás de los tacones de Charlie, así que

mi hermana dio un paso adelante y se colocó a mi lado, frente al espejo. Una señora pechugona con un vestido de gasa demasiado estrecho entró en la habitación y nos lanzó una mirada de reproche antes de desaparecer en el interior de uno de los cubículos.

—Recuerda: boca cerrada —me siseó Charlie cuando la seguía de vuelta al vestíbulo.

Nuestro objetivo nos estaba esperando en la zona del bar. Algún diseñador de interiores debía de pensar que así eran los clubs de caballeros a la antigua usanza: todo lleno de sillones rellenos a reventar, chimeneas falsas y una porquería de luz. Seguí caminando un par de pasos por detrás de mi hermana, echando humo en silencio.

—Mis disculpas. Me temo que mi ayudante lleva unos días sin sentirse bien.

Charlie se sentó con elegancia en uno de los sillones de cuero acolchados y aceptó el vaso alto de *gin-tonic* que le ofrecía el hombre al que pensaba timar.

Nuestro objetivo me miró de pasada. Sospecho que no le habría importado verme morir de una rara enfermedad tropical, porque la que le interesaba era Charlie. Nadie que no nos conociera supondría que somos hermanas. Charlie es alta, morena y preciosa; por eso se le da tan bien lo que hace: seducir a hombres vanidosos hasta que están locos por ella y puede vaciarles las cuentas corrientes. Por otro lado, mi punto fuerte es, precisamente, ser muy normal: altura media, constitución media, pelo castaño claro... Ni un solo rasgo que me haga destacar en una multitud o una rueda de reconocimiento policial. Era la mujer invisible.

Para este trabajo en concreto tenía que representar el papel de la ayudante personal de Charlie. Ella se hacía pasar por lady Charlotte Bloom, lo que tenía su gracia, porque, por muchas cosas que pudiera ser Charlie, estaba claro que no era una dama de la nobleza. Por suerte para nosotras, la verdadera lady Charlotte se había ido de safari a África y no regresaba hasta dentro de otras tres semanas.

—Enséñale a Freddie el informe del castillo, Abigail.

Revolví el bolso hasta pescar la carpeta azul que contenía los detalles de Manydown Castle e intenté parecer una ayudante eficiente.

Freddie Davis era un millonario hecho a sí mismo que buscaba una propiedad para convertirla en su casa de campo. Se rumoreaba sobre el origen de su fortuna y ninguno de los rumores resultaba demasiado halagador. Todos sabían que era receptivo a los tratos poco limpios, así que estábamos bastante seguras de que no le preocuparía el aspecto ético de la supuesta venta. La idea de jugarle una mala pasada al inspector de hacienda le parecería mucho más atractiva.

Le gustaba Charlie tanto por su aspecto como por su falso pedigrí, ya que estaba deseando subir en la escala social. Como era un hombre robusto, cincuentón, y con una cara redonda y rubicunda, apenas podía creerse la suerte que había tenido de ligar con alguien como mi hermana. Satisfacía su ego, que era del tamaño de un planeta; tenía bien merecido que le quitáramos el dinero. Era el objetivo perfecto.

Una vez Charlie le hubiese extraído un jugoso «depósito» por el castillo, nos iríamos bien lejos con la pasta y Freddie sería historia. Supongo que era algo así como un acto de justicia: le íbamos a hacer a Freddie lo que él le había hecho a mucha gente.

—Mi tío abuelo Edward desea mantener esta venta en privado, así que me costó una barbaridad convencerlo para que me permitiera enseñártelo. Sería absolutamente terrible que un hogar tan amado por la familia cayese en las manos equivocadas.

Charlie le dio un traguito a su bebida y cruzó las piernas, largas y elegantes.

—Oh, emmm..., por supuesto.

Freddie consiguió apartar la mirada de las piernas de Charlie y volver a la carpeta donde estaba la descripción del castillo. Recé por que no me hiciera ninguna pregunta directa; no quería que me pasara otra vez.

Me refiero a que no quería volver a decir la verdad.

Normalmente no tengo problemas para mentir. Me gano la vida gracias a la mentira, por amor de Dios; de todos modos, Charlie y yo teníamos nuestros principios: nunca le quitábamos el dinero a alguien que no pudiese permitírselo y nunca hacíamos nada que pudiese provocar daños físicos. Para ser delincuentes, éramos muy éticas.

No nos habríamos dedicado a esto en absoluto de no ser por Kip. Es nuestro hermano pequeño y no es..., cómo decirlo..., no es como los demás. Su sueño es vivir en una granja en lo más apartado del campo, lejos de la ciudad y de todo el ajetreo y bullicio que tanto lo desconciertan y

molestan. Vivir aquí lo está haciendo enfermar. No sale nunca, no ve a nadie y, cuanto más tiempo pasamos en Londres, peor se pone.

Llevamos los tres solos desde que Kip era un bebé, porque nuestra madre desapareció sin dejar rastro cuando yo era pequeña. No teníamos ninguna posibilidad de ayudar a Kip a escapar de la ciudad a través de las vías «normales». Los trabajos de oficina no daban el dinero que necesitábamos; ya lo habíamos intentado antes sin éxito.

—Me gustaría ir a ver la propiedad —dijo Freddie, mirándome con sus ojillos avariciosos.

—Por supuesto, el tío abuelo Edward no está en la ciudad en estos momentos, aunque podríamos organizar una visita al castillo y el terreno para el fin de semana, si quieres.

Dejé escapar un suspiro de alivio cuando Charlie respondió antes que yo. No le había contado gran cosa a mi hermana sobre el tema, pero empezaba a pensar que sufría los efectos secundarios del rayo que me había caído encima hacía unas cuantas semanas. Desde entonces, al parecer, sólo podía decir la verdad. En nuestro negocio, ese detalle era un hándicap en potencia. No había abordado el asunto con Charlie hasta la discusión del tocador.

Supongo que recibir un rayo en la cabeza estando debajo de un cielo sin nubes y en medio de una calle abarrotada podría considerarse una señal de Dios, incluso un castigo por todos los delitos que había cometido. Puedo

asegurar que no fue nada agradable recobrar el conocimiento y notar que un viejo taxista apestoso me hacía el boca a boca delante de un grupo de mirones. Mis pendientes de oro favoritos se habían fundido, tenía una extraña cicatriz en el cuello y me sentía como si me hubiesen cocido el cerebro.

A Charlie no le impresionó que mi foto saliera en todos los periódicos; incluso lo comentaron brevemente en las noticias de la noche. Tanto el bolso que llevaba encima aquel día como casi todo su contenido formaban parte de la identidad falsa de nuestro último trabajo, así que para el resto del mundo la víctima del rayo era Henrietta Jones, una restauradora de arte de veintidós años.

En aquel momento sentí un cosquilleo extraño en el cuero cabelludo, señal segura de problemas en el horizonte. Mientras Charlie seguía exponiendo las virtudes del castillo del querido tío abuelo Edward, yo examiné la sala intentando localizar el origen de la advertencia. En el otro extremo de la barra había un hombre alto con una botella de cerveza delante. Un tipo atractivo, aunque tampoco espectacular. Me encontré con su mirada y me recorrió un escalofrío. Él esbozó una ligera sonrisa y se llevó la botella a los labios. Era un madero, podía olerlo y, guapo o no, los maderos siempre causaban problemas: había llegado el momento de largarse. Charlie y yo teníamos preparadas unas frases en código para avisarnos la una a la otra si notábamos algo raro, así que interrumpí su rollo con:

—Perdone, lady Charlotte, pero creo que su primo Nigel tenía interés por verla hoy.

—Oh, ¿cómo puedo haberlo olvidado? —repuso ella, poniéndose en situación de inmediato; miró su diminuto reloj de oro y dejó escapar un suspiro de disgusto—. Espero que puedas disculparme, Freddie. Ya sabes que te lo compensaré.

Hizo uno de sus mohínes de niña pequeña y le acarició el brazo con un gesto seductor.

—Te llamaré para darte los detalles sobre la visita a Manydown.

Dejó el vaso vacío en la mesa y se levantó.

Freddie se puso en pie de inmediato, y ella se inclinó para besarle la mejilla, dejando una diminuta mancha de pintalabios rojo oscuro. El hombre de la barra observó nuestro pequeño drama con un destello burlón en los ojos, como si supiese exactamente por qué nos íbamos de forma tan repentina. Yo tenía la incómoda sensación de que aquel desconocido estaba grabando todos y cada uno de los detalles de nuestra reunión para utilizarlos como prueba en el futuro.

Charlie cogió la carpeta con los datos del castillo de las gordas manitas de Freddie y me la pasó. No era bueno dejar cabos sueltos, sobre todo cabos que pudieran llevar nuestras huellas. Freddie nos acompañó hasta la entrada principal y el portero llamó un taxi de los que había en la parada. Charlie consiguió esquivar el beso de despedida en los labios que pretendía darle nuestro objetivo, y las dos nos escabullimos después de que ella prometiese cenar con él aquella misma semana.

El taxista nos dejó a un par de calles del hotel, cerca de una estación de metro desde la que podíamos llegar a casa. Era más barato ir en tren, y utilizar más de un medio de transporte hacía menos probable que nos siguieran.

—¿Y bien? ¿Cuál era la alarma? —preguntó Charlie en cuanto estuvimos a salvo, tragadas por la multitud de viajeros anónimos.

—Un policía en la barra —respondí, agarrándome con fuerza a una de las correas del techo.

—Hmmm... ¿Crees que era una trampa? —preguntó mi hermana, con los ojos entrecerrados; los tenía de color verde.

—No lo sé, pero parecía muy interesado en nuestra reunión.

Me dolía la cabeza por la concentración necesaria para fingir ser alguien que no era y mis gafas falsas, con sus cristales de pega, empezaban a molestarme.

—Será mejor andar con cuidado. Seguiré sondeando a Freddie cuando me lleve a cenar.

Kip no estaba en el salón cuando llegamos a casa, aunque su último proyecto seguía en una mesa en el centro de la ventana en saliente, sin tapar.

—¡Kip, ya hemos vuelto!

No parecía haber avanzado mucho en su trabajo durante nuestra ausencia. Sus cuchillos de modelado y la madera estaban bien alineados junto a su caja de herramientas. Como no respondía a mi llamada, Charlie entró y llamó a la puerta de su cuarto. Kip se quedaba en el salón

cuando salíamos, porque allí se sentía a salvo, sobre todo si tenía algo en lo que trabajar. En aquel momento se trataba de una reproducción en madera de balsa de la noria de Londres, el London Eye.

—No está aquí.

Me reuní con Charlie en la puerta de Kip, y ella la abrió un poco, con mucha precaución. Tardé un segundo en acostumbrarme a la penumbra. Kip siempre dejaba las cortinas cerradas, y el resplandor verde del acuario de su iguana hacía que la habitación estuviese bañada en una luz extraña y espeluznante.

—¿Kip?

Noté un ligero movimiento bajo la cama, así que levanté el volante de Spiderman y recé por que su rata, Claude, no estuviese suelta otra vez. Allí abajo se veía poco, pero pude distinguir el color celeste de la camiseta favorita de mi hermano.

—Kip, soy yo, Abbey. Estamos en casa.

Di un paso atrás para que Kip saliese como una serpiente de debajo de la cama y rodase como un soldado hasta el centro del dormitorio, dejando su metro ochenta de estatura tirado delante de Charlie.

Ella le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse.

—¿Qué ha pasado?

—Alguien llamó a la puerta.

Se subió un poco más las gafas y parpadeó como un búho.

Entre las dos lo llevamos al salón y lo sentamos en un sillón.

—¿Cuántas veces tenemos que repasar lo mismo? —le preguntó Charlie, resignada. No servía de nada gritarle al chico. Él se limitaba a encerrarse en el baño y negarse a salir—. No tienes que responder si llaman a la puerta. Siempre está cerrada con llave. Sólo tienes que quedarte aquí tranquilamente, calladito.

Él asintió, obediente, como siempre hacía, pero ella y yo sabíamos que no recordaría sus instrucciones cuando llegase el siguiente visitante. Todo aquello no hacía más que reforzar nuestra decisión de escapar de la ciudad y empezar una nueva vida en otro lugar en el que Kip se sintiese seguro.

—¿Qué te parecen unos palitos de pescado para la cena?

Si le hacía su comida favorita quizá se calmase un poco. Cualquier cosa fuera de lo normal, como una llamada en la puerta mientras estaba solo lo inquietaba.

—¿Y caritas sonrientes de patata? —preguntó, esperanzado.

—Vale.

Entré en la cocina y empecé a preparar la cena mientras Charlie encendía el ordenador, lista para investigar por la red en busca de nuestro siguiente proyecto. Kip me siguió.

—Abbey, ¿cuándo podremos comprar una granja?

Me observó poner los palitos de pescado en la bandeja del horno, al lado de las caritas de patata.

—Pronto.

Si nuestro proyecto en curso salía bien, nos proporcionaría el depósito para la casa de sus sueños. Freddie podía permitirse comprar cien granjas, o cien castillos, ya puestos.

La verdad es que no echaría de menos el dinero que Charlie pensaba sacarle. Freddie había conseguido casi toda su pasta gracias a negocios urbanísticos ilegales y el alquiler de propiedades con rentas abusivas a inmigrantes sin papeles; el resto provenía de extorsiones y fraudes. No era un buen hombre, y le vendría bien probar su propia medicina.

Kip se apoyó en la encimera mientras yo programaba el temporizador del horno. A sus diecisiete años era demasiado delgado para su altura, además de estar pálido por la falta de luz solar.

—¿Cómo va esa maqueta? —le pregunté; serví dos vasos de Cola-Cola y le pasé uno.

—Tiene buena pinta. A ésta le voy a poner luces, Abbey.

Era lo que yo había supuesto después de ver la pila de libros sobre circuitos eléctricos que me había hecho sacar de la biblioteca. La gran inteligencia de Kip en lo concerniente a cosas como la electricidad y los ordenadores era parte de la razón por la que no había funcionado bien en el colegio; eso y su falta de aptitudes sociales.

Los psicopedagogos, en vez de ayudarlo de verdad, se habían pasado todo el tiempo discutiendo sobre si era mejor meterlo en el grupo de los superdotados o en el de los autistas. Su pelo rojo y las pullas que conllevaba tampoco contribuían, así que, al final, no había pasado mucho tiempo en clase.

Volví al salón con mi Coca-Cola y me senté en el sofá. Me dolía la cabeza después de la huida del hotel, así que cerré los ojos y me relajé un minuto.

Los abrí en seguida, a toda prisa. Me había vuelto a pasar.

Juro por Dios que el rayo me hizo algo al caerme encima. Todos dijeron que tenía suerte de seguir con vida, y los médicos me advirtieron que aquellos sucesos solían dejar efectos secundarios extraños. El caso era que cada vez que cerraba los ojos veía las mismas imágenes. Duraba sólo unos segundos, no daba miedo, ni tampoco se trataba de nada significativo, ni siquiera de un suceso que recordase. Quizá por eso había empezado a ponerme de los nervios.

Siempre veía lo mismo: era como si estuviese tumbada en el suelo y observase un par de pies alejándose de mí. Pies de mujer, calzados con unos zapatos azul marino de tacón alto.

Volví a coger mi Coca-cola de la mesita de centro y le di un trago. Charlie empezó a reírse, encantada, en su esquina de la habitación.

—¿Qué has encontrado?

Conocía aquella risa; significaba que le había echado el ojo a un posible trabajo.

Ella se limitó a estirar los brazos por encima de la cabeza, satisfecha, y dijo:

—Espera y verás. Primero tenemos que vaciarle la cartera a Freddie.

El temporizador del horno pitó y regresé a la cocina. Kip estaba tumbado en el suelo viendo cómo se preparaba la cena a través de la puerta de cristal del horno.

—No tienes que hacer eso —le dije, pasando por encima para coger los guantes del horno.

—Quería ver cómo funcionaba la luz —me respondió él. Se puso en pie de un salto.

Saqué del horno los palitos de pescado y las caritas de patata.

—Prométeme que dejarás la hornilla en paz.

Kip no podía resistirse a la tentación de desmontarlo todo para ver cómo funcionaba. Ya habíamos perdido un microondas y una tostadora por culpa de esa necesidad suya. Como a menudo necesitábamos a un electricista experto para nuestro trabajo, Charlie y yo intentábamos no enfadarnos con él, aunque no resultaba fácil.

—Kip —insistí, con un tono de advertencia.

—Vale, Abbey, lo prometo.

Yo esperaba que no tuviese los dedos cruzados detrás de la espalda. Después de colocarlo frente a la tele con la cena en una bandeja, me acerqué a ver lo que estaba tramando Charlie. Frunció el ceño cuando me incliné sobre ella para ver de qué se trataba.

—¿Y bien?

—¿Cómo se te dan los perros, Abbey?

—¡No pienso recoger cacas! —exclamé. No me gustaba su expresión especulativa.

—Pero ¿te gustan los perros?

Examiné la pantalla del ordenador en busca de alguna pista sobre lo que tenía en mente. Al parecer, era un informe sobre una mujer extranjera de mediana edad y sus obras benéficas.

—No tienen nada de malo, supongo —respondí.

—Genial. Tienes que sacar algunos libros de la biblioteca.

Oh, fantástico, más investigación.

—¿Quién se supone que soy esta vez?

Todavía me dolía la cabeza por culpa del trabajito sobre restauración de arte. Pegarle el cambiazco a un cuadro y venderle el original a un coleccionista italiano nos había supuesto buenas ganancias, pero arriesgándonos más de lo normal. Cuanta más gente participaba en el timo, más probabilidades había de que algo saliese mal.

—Busca libros sobre psicología animal y animales problemáticos. Yo veré lo que saco de la red.

—Me gustaría señalar que, además de no recoger cacas, no estoy preparada para recibir mordiscos.

No me gustaba mucho cómo sonaba aquello. Mi último encuentro de cerca con un perro lo había protagonizado un pastor alemán que se había quedado con un trozo de mis vaqueros cuando estaba trepando una valla para huir de un madero torpón. Uno de nuestros primeros trabajos.

—Relájate, sólo es un medio para llegar a un fin. Después de acabar con Freddie, esto debería ser un descansito. A Kip le vendrían bien unas vacaciones.

Miré a Kip, que estaba sentado en el sofá con aire satisfecho, masticando caritas sonrientes mientras veía un concurso.

—¿Unas vacaciones dónde?

Sospechaba que la clase de vacaciones que mi hermana tenía pensadas no incluían cubos, palas y los pegajo-

sos caramelos de la costa de Blackpool. Charlie agitó la mano, como si nada.

—Una temporada fuera de la ciudad. Dejaremos que la cosa se enfríe. He oído que ahora están bastante civilizados por el norte.

—Me gustaría ver el Ángel del Norte —anunció Kip.

—Intentaremos encontrarlo —prometió ella.

Charlie siempre se comportaba como si cualquier cosa por encima de Watford fuese tan peligrosa como la jungla amazónica. Tenía que ser un trabajo estupendo si estaba dispuesta a salir de Londres.

—¿Y qué me dices de ti? ¿Qué harás mientras yo voy por ahí perdiendo el tiempo con los perros?

—Lo habitual: entretendré al objetivo hasta que podamos llegar a la pasta... Bueno, en este caso, al oro —respondió Charlie, sonriendo con más ganas—. Siempre he querido ser la novia de un futbolista.

Genial. Para mí la caca de perro y para ella el futbolista.